



¿Puede decirnos algo el Quijote, o ya duerme en el archivo?

Prof. Manuel Ramos

Dios y el Hombre, vol. 7, n. 1, 2023

ISSN 2618-2858

<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>

Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP

Seminario Mayor San José

La Plata, Buenos Aires, Argentina

¿Puede decirnos algo el Quijote, o ya duerme en el archivo?

Can Quixote tell us something, or does it already sleep in the archive?

Prof. Manuel Ramos

manuel.ramos@institutoseminariosanjose.edu.ar

Instituto Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

En el presente texto se busca realizar un análisis de diversos aspectos de la primera parte del libro “Don Quijote de la Mancha” de Miguel de Cervantes Saavedra. Al pensar sobre los episodios destacados, se buscará reflexionar sobre ellos de manera que interpelen en estos tiempos que corren, que carentes están de diversos valores que se resaltan en la obra. Así, se descubrirá que Don Quijote es más que un libro de lectura obligatoria para aquel que quiera entender el espíritu hispánico. También observará el lector, el aporte que Don Quijote puede realizar en la vida cotidiana.

Palabras clave: Don Quijote, Cervantes, literatura, valores, Edad Media.

Abstract

This paper seeks to analyze various aspects of the first part of the book “Don Quixote of La Mancha” by Miguel de Cervantes Saavedra. When thinking about the salient points, the goal will be to reflect on them in a way that they question the present times, which lack diverse values that are highlighted in the novel. Thus, it will be discovered that Don Quixote is more than a mere must-read book for anyone who wants to understand the Hispanic spirit. The reader will also observe the contribution that Don Quixote can make in everyday life.

Keywords: Don Quixote, Cervantes, literature, values, Middle Ages.

Recibido: 9/3/2022

Aceptado: 22/6/2023

Publicado: 12/2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



En el presente trabajo analizaremos a un personaje que ha hecho correr ríos de tinta en la literatura universal y en especial entre los hispánicos: el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Nos centraremos en la primera parte de esta hermosa novela. Como todos sabemos, el creador de este pintoresco caballero fue Miguel de Cervantes Saavedra, ya entrada la Edad Moderna. El “caballero de la Triste figura” ha despertado más de una sonrisa picaresca ante sus andanzas sobre Rocinante y junto a su fiel amigo Sancho Panza. No nos proponemos realizar un comentario a la que quizás sea la obra magna del espíritu español, y menos un tratado literario, simplemente buscaremos ahondar en algunos aspectos de la obra que consideramos dignos de ser objeto de reflexión.

Don Quijote buscaba ser un héroe, un caballero medieval, aunque se asemeja más a la figura opuesta. Lo que pretendemos manifestar es la importancia del “antihéroe” que reside en el protagonista. Mientras que los caballeros eran formados en la nobleza y pretendían como máxima defender a su rey, el Quijote nace en un mundo donde aquellos valores han muerto. La actitud de este personaje no deja de ser anacrónica en su tiempo. Mientras los modernos se perdían en la lucha de poder y la búsqueda de influencia política, nuestro buen amigo de La Mancha añoraba la “Era de Oro” de la caballería y de los valores que los pertenecientes a la “orden de caballería” poseían. Como quien vive en la angustia de un pasado dorado que ya no existe, Don Quijote llora los ideales perdidos. Pero no se queda en una angustia existencial como la que propone algún filósofo contemporáneo, sino que procura revivir aquello que hizo grande a la Edad Media.

El nombre que los modernos han concedido a la época donde “La filosofía del Evangelio gobernaba los Estados” (S.S Leon XIII, 9) es como mínimo arbitrario. Se busca con este título de “Edad Media” hacer hincapié en que tanto la Edad Antigua como la Moderna fueron épocas de luces, y en el medio pasaron mil años de oscuridad. Podríamos afirmar sin error, que nuestro amigo el Quijote se opondría a que trataran de oscuros lo que él defendía como dorados tiempos. Cervantes hace que el héroe de La Mancha se transforme en caballero andante, reviviendo la Antigua orden de caballería medieval. La época de la cristiandad tuvo sus buenos y sus malos momentos, pero muchos valores podríamos aprender de ella.

¿Qué decimos cuando hablamos de caballero medieval? El sacerdote jesuita Alfredo Sáenz sostiene que: “la Caballería no será primariamente una institución sino un ideal, un estilo de vida militante, hasta llegar a constituir con el tiempo la forma cristiana de la condición militar. El «caballero» será simplemente «el soldado cristiano»” (Sáenz, 2009, pág. 26). No siempre estos caballeros eran ejemplos de virtud, explica el presbítero ya citado: “Fue especialmente la Iglesia quien realizó tan maravillosa transformación, convirtiendo al irascible aventurero en el soldado cristiano” (Sáenz, 2009, pág. 27).

Nuestro aventuresco personaje no gozaba de perfecta salud mental. Esto lo deja claro desde un principio el autor de esta obra, cuando ya en el primo capítulo nos narra: “y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro” (Cervantes Saavedra, 1947, pág. 3). En su mente imaginativa, lo que era un pobre y escuálido caballo, lo veía Don Quijote como un finísimo corcel; sus antiguas y heredadas vestimentas militares, las veía como la más caballeresca armadura; a su vecino un simple campesino, como su Escudero; y a una mujer que nunca había visto la imaginaba como su amor platónico.



¿Puede Decirnos Algo el Quijote, o Ya Duerme en el Archivo?

Este desdichado lector de novelas caballerescas se vio preso de sus fantasías. Nos dice Cervantes:

Vino a dar en el más extraño pensamiento que para dio loco en el mundo y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse para todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban [...] y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. (Cervantes Saavedra, 1947, pág. 3)

Estaba loco Don Quijote. Muestra de esto es que había sido armado caballero en una simple venta, que él pensaba que era un castillo, de manos de un hombre no muy virtuoso (el dueño de la ya nombrada posada) y rodeado de mujeres no muy pías¹. A pesar de esta falta de cordura, nuestro hidalgo no cesó de defender los valores de una época pasada, unas tradiciones que no eran trapos viejos, sino oro puro. Nos dice nuestro fiel caballero:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras tuyo y mío [...]. No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclados con la verdad y llaneza. (Cervantes Saavedra, 1947, pág. 55)

¡Cuánto debe aprender de Don Quijote la sociedad actual! ¡Cuánto nos puede enseñar esa alocada persona a nosotros, los “cuerdos”! Contra un mundo que se jacta de su individualismo, el caballero de La Mancha piensa en ayudar a los atribulados y afligidos; mientras la sociedad busca el dinero, nuestro héroe pasa todo género de privaciones voluntarias; mientras todos buscan el amor de muchas mujeres, este pobre hombre solo pide ser correspondido por la señorita del Toboso, su amadísima Dulcinea.

Para ejemplificar el corazón caritativo de nuestro caballero, podemos observar que ya en el capítulo cuarto se suscita un episodio digno de análisis. El hombre de La Mancha busca ayudar a un pobre joven a quien su amo golpeaba con violencia. Logra el protagonista de esta historia que el canalla desate a su criado y le prometa que le pagará el salario debido. Fue un gran error el de nuestro gran amigo, que creyó el juramento del ruin maltratador, quien viéndose libre de la mirada de su oponente, arremetió nuevamente contra su servidor. Muchos considerarán este acto de Don Quijote como de un ser ingenuo, pero debemos tener en cuenta el gran valor a la palabra que este profesaba. En

¹ Cf. Capítulo III



el Código caballeresco era impensado faltar a la palabra. Testimonio de esto lo dan las crónicas del pío san Luis Rey de Francia, quien dando su palabra a sus secuestradores se preocupó él mismo de enviar la fianza como pago por su liberación. La sociedad actual infravalora el compromiso y el honor de la palabra dada. Podemos decir que el Quijote sigue el mandato del Señor que nos exhorta diciendo: “Cuando ustedes digan «sí», que sea sí, y cuando digan «no», que sea no. Todo lo que se dice de más, viene del Maligno” (Mt. 5, 37).

Celoso era Don Quijote de que se lo tuviera como un hombre valiente y honrado. A lo largo de toda la novela, en múltiples episodios, buscará nuestro héroe defender su posición de caballero andante. Sancho, por su parte, era bastante cobarde, lo que en ocasiones lo lleva a chocar con su señor. Así, en el capítulo XVII se nos narra cómo el Escudero debe atar los pies del caballo de su amo, para que este no se lance a una aventura en plena oscuridad. Grandes eran los miedos del que antes había sido un labrador. Temía quedarse solo, mientras su señor buscaba el origen de un constante ruido. Esto nos marca la diferencia de carácter entre el caballero y su compañero.

Si queremos seguir siendo inquisidores del corazón del héroe de la Mancha, podemos preguntarnos: ¿Cuál era el principal objetivo de sus salidas? Creo responder sin errar diciendo que buscaba, ante todo, hacer de este mundo un lugar mejor para los hombres. Su intento de cambio no se consigue desde un escritorio o con una compleja y utópica teoría, sino en lo concreto de cada hazaña. Muchos trataban de loco a Don Quijote por querer cambiar el mundo, y del mismo modo nos tratan a los cristianos, quienes buscamos que el Evangelio de Jesús llegue y transforme los corazones inquietos.

Otro episodio ilustrativo de las andanzas de nuestro caballero fue su lucha con los que parecían gigantes, pero eran molinos de viento. La batalla con estas grandes estructuras es narrada en el octavo capítulo, y en la misma participa también Sancho Panza. A veces los cristianos nos vemos luchando con lo que para el mundo son molinos de viento. El príncipe de este mundo está compenetrado en que parezcamos locos y creamos que nuestra batalla es poco cuerda. ¿Cómo en pleno siglo XXI vas a decir que se nace hombre o mujer? ¿Cómo puedes sostener, en estos tiempos, que abortar es matar a un inocente? ¿Acaso no te mirarían mal ante una oposición a repartir preservativos a mansalva? Los gigantes existen, pero el ojo de un vil hechicero los disfraza de pacíficos molinos de viento. El mal está en ocasiones tan consolidado, que los cristianos parecemos los locos con viejas armaduras que buscan recordar al mundo que hay ideales mejores, que se puede vivir con amor y de cara al Amor.

La diferencia específica del cristiano es que en esta batalla tenemos la de ganar, ya que a nuestro favor está la Gracia de Dios. Dios es infinitamente más poderoso que cualquier enemigo que se nos presente en lucha, y, por lo tanto, aunque parezca que luchamos solos contra gigantescos molinos, dejemos todo en sus divinas manos Providentes.

En tiempos en que Occidente está cayendo culturalmente y se busca eliminar al cristianismo de todas partes, nosotros los cristianos debemos de ser «los caballeros de la feliz figura». No tengamos miedo de defender nuestro amor eterno a Nuestro Salvador Jesucristo. No escatimemos en el amor a los pobres y afligidos, como lo manda el Señor



y lo buscó el ingenioso personaje sobre el que trata este artículo. No tengamos miedo a la santidad, que es el verdadero acto de caballería e hidalguía.

Aunque nuestro ideal de hombre no es el del monje-soldado, como si lo fue en el mal llamado Medioevo, no por eso debemos cesar de luchar el buen combate de la Fe. Como dirían los siguientes versos medievales: “La ciencia más acabada es que el hombre en gracia acabe, pues al fin de la jornada, aquél que se salva, sabe, y el que no, no sabe nada”. El Señor no nos prometió que nuestro paso por este mundo iba a ser fácil, es más, nos advirtió que somos enviados como ovejas en medio de lobos. No obstante, el mismo Señor nos promete que estará con nosotros hasta el fin del mundo. “Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rm.8, 31).

A modo de conclusión, Don Quijote de la Mancha es una novela que no se debe dejar de leer. Con un tono humorístico, nos lleva a reflexionar sobre valores y principios que nos parecen lejanos. La Edad de Hierro en la que vivimos, o quizás podríamos decir de plástico, necesita hombres de grandes ideales, héroes de la vida cotidiana y santos de la vida ordinaria. Toda época necesita personas que sobresalgan, como lo hizo el caballero de la triste figura, pero también de simples hombres que busquen ser buenos y trasmitan con amor a Cristo Jesús.



Referencias

Cervantes Saavedra, M. (1947). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires: Editorial Estrada.

S.S Leon XIII. (1 de noviembre de 1885). *Carta encíclica Immortale Dei, sobre la constitución cristiana del Estado*. Editorial Vaticana.

Sáenz, A. (2009). *La caballería: la fuerza armada al servicio de la verdad desarmada*. Buenos Aires: Gladius.

Bibliografía

Hubeñák, Florencio, *Historia Integral de Occidente desde una perspectiva cristiana*, EDUCA, 2006.